

El estado de guerra entre los indígenas en Baja California

W. Michael Mathes
El Colegio de Jalisco

Tristemente, desde el principio de la humanidad en todos los rincones del mundo, incluyendo las Californias, ha habido homicidio en masa: la guerra. Dado que entre los grupos peninsulares (pericú, guaycura y cochimí) y los yumanos del extremo norte (diegueño-kumiai, kiliwa, cucapá, paipai, quechan y cohuana) existían marcadas diferencias culturales-materiales, entre ellas las armas, causas, estrategias y finalidades de la guerra, serán tratadas distintamente.

La guerra en Baja California peninsular

El estudio la guerra interna y externa entre los pericú, guaycura y cochimí ha sido generalmente ignorado por los historiadores, etnógrafos y arqueólogos. Tal vez esto se debe a la apariencia pacífica de los grupos indígenas bajo la *pax jesuitica* que impidió los conflictos abiertos bajo el régimen misional, al concepto erróneo que la población indígena esparcida debía reducir los conflictos violentos, a la fantasía que la guerra entre grupos indígenas no conforma a la imagen políticamente correcto del Edén americano antes de la llegada de los europeos, o quizás a una combinación de estos factores. Sin embargo, los indios peninsulares nacieron, vivieron y murieron bajo la sombra continua de la muerte violenta de la guerra como demuestra de sobremanera el testimonio etnohistórico y hasta bastante grado la evidencia arqueológica.

Entre los cochimí y los guaycura, los mitos de origen incluyeron guerras y los ancianos relataban que dejaron sus antiguos terrenos en el norte debido a un gran conflicto que surgió durante una reunión de las varias naciones. Todos se levantaron en armas y los más débiles huyeron hacia el sur, perseguidos por los más fuertes hasta que lograron esconderse en la sierra. Otros informaron que el conflicto fue entre dos señores quienes separaron a la gente entre dos grupos opuestos y que el grupo victorioso, después de mucha matanza, forzaron a los vencidos buscar asilo en la sierra y en las islas. Además, los cochimí relataron que en tiempos antiguos gentes de estatura extraordinaria llegaron del norte huyendo de otros, que son los autores de las pinturas y que murieron a las manos de sus perseguidores y de los mismos californios quienes no toleraron tales habitantes extraños en sus tierras (Barco 1973:211-213; Venegas 1979(1):70-72). Los conflictos, tanto externos como internos, fueron continuos entre los guaycura por las causas más insignificantes, y cuando una de las partes queda domada por la otra, huye y se asienta de nuevo a una distancia del enemigo y por esta manera los californios buscaron refugio en la península (Baegert 1952:57-58). Los pericú relataron que el creador tenía tres hijos, uno que vivía en la tierra y fue asesinado por la gente, y que en el cielo tenían grandes guerras porque dos señores se aliaron contra el gran señor quien los derrotó. Este gran señor, Niparaya, opuso la guerra porque todos los que mueren flechados no van al cielo y los señores Wac-Tuparán favorecieron la guerra porque la gente que mueren flechados van a su morada (Venegas 1979(1):70-72, 102-104).

Distinta de otras regiones del hemisferio occidental donde los asentamientos europeos siguieron el descubrimiento dentro de poco tiempo, Baja California por su aislamiento resistió la ocupación permanente durante un siglo y medio. Sin embargo, entre 1533 y 1697 los monarcas españoles mantuvieron gran interés en la naturaleza física y socio-cultural de los grupos indígenas, y por ello los encuentros breves entre exploradores y californios están bien documentados. Aunque tal vez según criterios modernos no son científicas y son superficiales, especulativas, eurocéntricas, cristianas y frecuentemente realizadas por exploradores no letrados, las descripciones de los primeros contactos en Baja California consideradas en conjunto presentan una visión amplia de las culturas costeras.

Los pericú habitaron desde Cabo San Lucas en 22°53'N hasta aproximadamente 24°50'N por el vertiente del Golfo de California y las islas correspondientes, y hasta 23° 30'N por el vertiente del Pacífico. En Cabo San Lucas andaban armados con arcos, flechas, y palos de brasil o ébano endurecidos por fuego con puntas como un dardo lo largo de una media lanza o lanza, y adicionalmente algunos llevaron arpones [Sebastián Vizcaíno, 1596 (Mathes 1965:135-139); Esteban Carbonel de Valenzuela, 1632 (Mathes 1970:229-233); Diego de la Nava, 1632 (Mathes 1970:223-224); Alonso González Barriga, 1644 (Mathes 1970:248-249)]. Se formaron en escuadrones y fueron encabezados por un cacique o capitán [Diego de la Nava, 1632 (Mathes 1970:223-224)]. Pintaron sus cuerpos de varios colores, adornándose con copetes de plumaje [Alonso González Barriga, 1644 (Mathes 1970:248-249)].

En señal de paz dejaron sus armas en tierra, o las ofrecieron o las aventaron a las mujeres, retirándose hacia el monte o haciendo señales de amistad y de sentarse, echando arena en el aire [Sebastián Vizcaíno, 1596 (Mathes 1965:135-139); Antonio de la Asención, 1602 (Mathes 1965:166); Diego de la Nava, 1632 (Mathes 1970:223-224); Alonso González Barriga, 1644 (Mathes 1970:248-249)]. Están en guerra contra los indígenas del interior que llaman guaycura y buscan alianzas con los españoles contra ellos [Alonso González Barriga, 1644 (Mathes 1970:248-249)]. En Bahía de las Palmas los pericú utilizaron las mismas armas y estaban en guerra contra los grupos hacia el poniente, los guaycura, y contra los de la Bahía de La Paz contra quienes también solicitaron el auxilio de los españoles [Esteban Carbonel de Valenzuela, 1632 (Mathes 1970:229-233); Diego de la Nava, 1632 (Mathes 1970:223-224); Juan Caballero Carranco, 1668 (Mathes 1970:259, 264)]. Los habitantes de La Paz utilizaron arcos, flechas y lanzas endurecidas por fuego y arpones hechos de palos y se encontraban continuamente en guerra contra los habitantes de la costa hacia el poniente que llaman guaycura [Nicolás de Cardona, 1615 (Mathes 1970:214); Francisco de Ortega, 1633 (Mathes 1970:236, 241); Juan Caballero Carranco, 1668 (Mathes 1970:259, 264)]. En 1633 los habitantes de La Paz encabezados por un rey se encontraban en guerra contra los guaycura sobre el control de unas pesquerías y un sitio donde había tabaco y camote silvestre. Mientras dormían en una de las pesquerías, el hijo del rey, su mujer, un hijo y más de treinta hombres, mujeres y niños fueron sorprendidos y asesinados por los guaycura. El rey y sus guerreros, acompañados por soldados españoles, salieron en busca del enemigo y al encontrar una rancharía guaycura junto a un aguaje, la cercaron y mataron algunos guaycura y los demás se huyeron al monte. Utilizando arcos y flechas y dardos, la estrategia de ataque es por sorpresa en el amanecer mientras duerme el enemigo y después de una escaramuza, retiran al monte [Francisco de Ortega, 1633 (Mathes 1970:236, 241)].

La mayoría de los datos sobre los guaycura, quienes ocuparon la península desde

23°30'N hasta aproximadamente 25°30'N por la costa del Pacífico y 25°50'N por el vertiente del Golfo de California, tratan los conflictos contra los pericú y las observaciones directas son escasas debido a la actitud belicosa contra los forasteros indígenas y europeos. Al norte de La Paz, cerca de Bahía San Carlos los guaycuras se armaban de arco y flecha y piedras, eran belicosos y amenazadores, y atacaron con gritos y una lluvia de flechas [Sebastián Vizcaíno, 1596 (Mathes 1965:140-141); Nicolás de Cardona, 1615 (Mathes 1970:215-216)]. La única mención de la retención de trofeos de guerra entre los indígenas peninsulares, las cabezas de cinco tripulantes de Sebastián Vizcaíno tomadas en 1596, se nota entre los habitantes de este lugar [Nicolás de Cardona, 1615 (Mathes 1970:215-216)]. Los guaycura de la costa del Pacífico en Bahía Magdalena y Bahía Santa Marina se armaron de arcos, flechas y dardos endurecidos por fuego que también utilizaron para la pesca. En señal de paz se mostraron sumisos y entregaron las armas [Sebastián Vizcaíno, 1602 (Mathes 1965:147-148); Antonio de la Ascensión, 1602 (Mathes 1965:174)]. Por 1683 los guaycura habían logrado la ocupación de las orillas de la Bahía de La Paz y demostraron su extraordinaria belicosidad, pintándose de guerra y desafiando con gestos, amenazas y gritos que sirvieron para animar la bravura [Eusebio Francisco Kino, 1683 (Burrus 1954:27-29); Isidro de Atondo y Antillón, 1683 (Mathes 1974:252-255); Eusebio Francisco Kino, 1683 (Mathes 1974:329-330)]. Utilizaron arcos y flechas, y por el número de cicatrices y heridos que llevaron, fueron considerados belicosos. Estaban encabezados por capitanes y las maniobras incluyeron la emboscada y el cercamiento cuando encontraron al enemigo en el monte [Isidro de Atondo y Antillón, 1683 (Mathes 1974:252-255; Venegas 1979(1):220-227)].

Los cochimí, el grupo peninsular más norteño, ocupaban desde aproximadamente 25°30'N hasta 30°25'N y fueron entre los primeros indígenas descritos durante el periodo de contacto. Fueron armados con arcos y flechas cerca de Isla Danzantes y Comondú donde dejaron las armas en tierra y se sentaron en señal de paz [(Francisco Preciado, 1539 (Mathes 1992:18); Father Eusebio Francisco Kino, 1683 (Burrus 1954:73)]. En la costa del Pacífico en Bahía Magdalena y cerca de Punta Abreojos los cochimí se pintaron de blanco y negro, atacaron a emboscada, gritando, y emplearon arcos delgados y más altos que los guerreros, flechas de caña o madera con puntas de pedernal, lanzas tal vez arrojadas por atlatl y piedras tiradas por hondas, y después retiraron gritando, cantando, corriendo, saltando y bailando. En señal de paz dejaron las armas en tierra y bailaban, saltaban, corrían y cantaban, levantando y bajando los brazos [Francisco Preciado, 1539 (Mathes 1992:30-36, 41-46, 78-79, 82-85)]. En Isla de Cedros, después de mandar a las mujeres y los niños a los cerros, los cochimí atacaron directamente, armados con varas puntiagudas de 2 m de largo y 6 cm de diámetro, arcos y flechas de pino, mazas de madera, y piedras [Antonio de la Ascensión, 1602 (Mathes 1965:191); Francisco Preciado, 1539 (Mathes 1992:55-57, 60-61, 87, 89)]. Los cochimí de la costa al norte de Isla de Cedros fueron armados con arcos pequeños de poca fuerza, varas pequeñas, mazas cortas y piedras, pero demostraron mucha osadía y avanzaron con belicosidad, pintándose de blanco sobre la marcha en las piernas, los brazos y los pechos con bloques de arcilla que llevaron en la mano, pero no cerraron con los españoles [Francisco Preciado, 1539 (Mathes 1992:55-57,60-61, 87, 89)].

Etnografía misional: 1797-1848

El asentamiento permanente de los españoles en Baja California, iniciado por el establecimiento de misiones de la Compañía de Jesús, no solamente permitió observaciones

etnológicas más detalladas, sino también las extendió hacia el interior. Dentro de siete décadas el sistema misional se instaló desde Cabo San Lucas hasta Santa María de los Ángeles, frontera con los yumanos, y la incorporación de la población indígena a las nuevas fundaciones era prácticamente total. La intención evidente de establecer asentamientos permanentes alteró el concepto indígena de los españoles, inicialmente vistos como invasores de valiosos aguajes, posibles aliados de enemigos tradicionales y un recurso de materiales y ganado expuestos al robo. Por ello, al comenzar la ocupación de un sitio misional, frecuentemente los españoles fueron recibidos con belicosidad y pronto podían observar la estrategia y metodología guerrera de los indios contra los soldados. Al reconocer las intenciones de los misioneros y la seguridad física y alimenticia que les ofreció, los indígenas solían tranquilizarse y así se estableció la *pax jesuitica*, tanto entre los distintos grupos como entre indios y europeos. Aunque la mayoría de los misioneros eran académicamente preparadas, los jesuitas sobresalen como estudiosos y recopiladores de información sobre las culturas bajacalifornianas.

Conchó, el sitio de Nuestra Señora de Loreto, fue una zona fronteriza entre los guaycura y cochimí y éstos demostraron su forma de guerra durante varios intentos de robo de bienes, caballada y ganado. Provocados por los chamanes, se formaron alianzas temporales entre los laimón [cochimí], didiú, edú [guaycura] y monquí para cercar a los españoles con cuatro escuadras utilizando armas tradicionales de arco y flechas y piedras al atacar las trincheras construidas por los soldados. La estrategia seguía siendo de emboscada o asalto de sorpresa, gritaría y amenazas para dar la impresión de una fuerza mayor, y después de una lluvia de flechas y piedras, acompañada por voces, efectuar la retirada a silbato al atardecer. Los ataques nocturnos eran para el robo de ganado y caballada con un mínimo de riesgo de combate. Pronto se hizo patente que sólo la emboscada en campo abierto solía hostilizar a los españoles, pues las fortificaciones de cuarteles, trincheras y estocadas, juntas con las armas de fuego, resistieron todos los esfuerzos indígenas, situación que condujo a la incorporación de estructuras defensivas en los asentamientos. Finalmente, al darse cuenta que la campaña era en vano, el capitán indígena solía acercarse acompañado por las mujeres y niños, todos llorando, para pedir la paz, y entregaron las armas y los niños de rehenes [Juan María de Salvatierra, 1697-1699 (Río 2000:175; Salvatierra 1997a:108, 113-116, 1997b: 121-125, 150; Venegas 1979(2):19, 22-33, 38-42)]. Tal como antes de la llegada de los misioneros, los cochimí siempre andaban armados con arco, flechas y dardos en mano, y la enemistad entre rancherías continuaba, pero en señal de paz, en el encuentro con los misioneros o cuando los acompañaron, solían dejar las armas. Las causas de la guerra siguieron siendo acceso a los alimentos y agua, mujeres, arenga de chamanes y contra el robo de objetos de valor espiritual [Francisco María Piccolo, 1702, 1709, 1716 (Burrus 1984:84, 87; Piccolo 1962:64, 164)].

En La Paz, los guaycura huyeron de los misioneros y los recibieron armados, pero pronto se sentaron en señal de paz. Se reconoció la enemistad entre los guaycura y los pericú isleños y del cabo y el estado de conflicto continuo basado en odios, traiciones, asesinatos y venganzas, así como la necesidad de establecer la paz entre los grupos [Jaime Bravo, 1720 (Bravo et al. 1989:44-45, 58, 62, 65); Venegas 1979(2):227-229, 323-325, 373-375, 383-385]. Hacia el norte existieron también conflictos entre los guaycura y los cochimí con los guaycura señalando la presencia del enemigo con silbato, alzamiento de armas e intentos de retirada [Clemente Guillén, 1720 (Bravo et al. 1989, 90; Lazcano 2000:101)].

Corsarios ingleses observaron a los pericú de Cabo San Lucas un poco antes de la incorporación al sistema misional. Armados de arcos de 1.90 a 2.10 m de madera dura y flexible, con cuerdas de hierba o tendón de venado y flechas de 1.45 cm de caña con cuatro plumas largas

unos 30 cm delante de la ranura, terminadas de un trozo de madera dura insertada en la caña y de una punta de pedernal dentellado y afilado o de un hueso de pescado labrado. Shelvocke reportó que solamente en pocas ocasiones se vieron armados a los hombres [Edward Cooke y Woodes Rogers, 1712; George Shelvocke, 1726 (Andrews 1979:40, 68, 99-100)]. El conflicto entre los pericú y los guaycura persistía durante la expansión misionera en la región del cabo y un ataque nocturno de sorpresa contra los guaycura resultó en la muerte de cinco niños, dos o tres mujeres y un hombre, más otros heridos y un cautivo. Sólo la separación de los dos grupos por los misioneros podía evitar los conflictos y la dispersión de soldados del presidio de Loreto para mantener la paz no dio resultado [Ignacio María Nápoli, 1721 (Nápoli 1970:53, 60-61, 66, 69; Río 2000:53-59, 66-64); Clemente Guillén, 1725 (Burrus 1984:98-100)].

La enemistad entre los pericú y guaycura fue exacerbada por las presiones de la evangelización y la percepción de favoritismo hacia los guaycura que irrumpió en la sublevación pericú de 1734. Utilizando las armas tradicionales y la táctica de sorpresa, los rebeldes no dejaron una posibilidad de negociar la paz ni mucho menos ganar la victoria [Sigismundo Taraval, 1738 (Taraval 1996:63, 76, 82-83, 118-119, 124-125, 138-139, 172); Gaspar Rodero, 1737 (Burrus 1984:190,194-196); Johann Jakob Baegert (1952:151-154)]. Sin embargo, después de la derrota de los pericú en 1737 los sobrevivientes continuaron fabricando armas para renovar el combate y se notó que las flechas llevaron diseños propios de los fabricantes [Miguel del Barco, 1738 (Barco 1973:242)].

El avance de la frontera misional entre los cochimí produjo contacto con grupos que demostraban contacto eventual con los yumanos. En la región de las Bahías de Los Ángeles y San Luis Gonzaga los cochimí estaban siempre dispuestos de pelear, bien armados y cargando flechas en aljabas, amenazaron y provocaron combate saltando, corriendo y con ademanes y gritos, atacando de noche de sorpresa y después de expender sus flechas, gritaron y huyeron. Lamen las flechas para señalar que los demás tomen armas y se dividen en grupos para el asalto [Fernando Consag, 1746 (Venegas 1979(3):155-156, 170-171)]. Al norte de San Borja, los cochimí atacaron de sorpresa al amanecer como en otras partes, y además de arcos y flechas para pelear a distancia, utilizaron armas de madera dura para el combate cerrado, una que fue una maza en forma de una garrocha de pozo de un palmo de diámetro de cuyo centro se extendió un palo algo más de un palmo de largo que sirvió de mango, otra que parecía como un pico de cantera, por un lado el pico y por otro una pequeña hacha de corte con un mango de palo proporcionalmente largo en medio para el manejo, y otra parecida a una espada corta encorvada que en lugar del puño tenía un mango en forma de un cuchillo con el corte para afuera. Había otras de distintas formas, todas de una sola pieza de madera y semejantes armas no se habían visto antes entre los habitantes de la península [Wenceslaus Linck, 1766 (Barco 1973:307-309, 349-351)]. Por la costa del Pacífico, los cochimí fabricaron las flechas de carrizo y señalaron la hostilidad colocando en los senderos hacia sus rancherías un brazo de pitahaya o cardón atravesado por ramas o flechas rotas para indicar el trato que darían a los forasteros. Se notaba un variante dialéctico entre estos grupos y especialmente un arma fabricada de un palo de madera dura allanada en forma de la letra “C” o “G” con los puntos algo hacia adentro con una circunferencia de tres cuartos y medio que, cuando lo toman en la mano para arrojarlo, parece una “C” inversa, y que tiran abajo en la caza de conejos y liebres o que utilizan para iniciar los ataques de sorpresa como un preámbulo al combate que llevan a cabo con arcos y flechas [Fernando Consag, 1751 (Lazcano 2000:161, 169,175, 180)].

En general, los cronistas jesuitas reportaron que los indígenas estaban constantemente en guerra debido a causas de venganza y acceso a alimentos y agua. En casos de venganza

amenazaron al ofensor o sus parientes y declararon la guerra con mucha gritería y la recolecta abierta de grandes cantidades de carrizos y pedernales para las flechas y avisos al enemigo con el fin de intimidarle. Se presentaron en batalla sin organización y gritando se acercaron hasta llegar dentro del alcance de las flechas desde donde dispararon hasta que se acabaron las flechas o se cansaron. Las flechas eran de caña de carrizo con puntas de pedernal afiladas sin veneno y no se conocieron ninguna planta para este fin. Cuando cerraron en combate utilizaron lanzas cortas o dardos de palo con puntas agudas y endurecidas por fuego. La victoria se ganó por el miedo que insinuaron entre el enemigo y no por la fuerza o capacidad militar. Así, la venganza perpetuó la guerra entre los grupos (Venegas 1979(1):80-81, 96-98). Además, describieron detalladamente los arcos sencillos de una sola curva formadas de madera endurecida por fuego, más gruesos por el centro y adelgazados algo hacía los puntos, con la cuerda de nervios o tripas de venado, siendo los más cortos seis o siete palmas y los más largos de ocho o nueve palmas. Las flechas eran de una vara de largo, el último tercio de madera dura y el resto de carrizo delgado; la madera inserta en la caña, pegada con brea y enrollado apretadamente con nervios para cubrir la junta. Sobre el término, fijaron con brea y nervios tres medias-plumas de gavián de cinco dedos de largo en forma de triángulo equidistante. Para la guerra fijaron con nervios y brea una punta de pedernal para que haría un herido más grande del cual que no sale la flecha con facilidad (Barco 1973:175, 192-195). Los arcos, probablemente de los guaycura, eran de más de 1.90 m de largo, con una curva ligera, hechos de raíz del sauce silvestre, redondas y de cinco dedos de grosor en el centro y más delgados en los términos. La cuerda era de tripa y las flechas de carrizo aderezadas por fuego y de más de seis palmas de largo. Por el término tenían una ranura para la cuerda y tres o cuatro plumas un dedo de largo que proyectaron poco y estaban fijadas en ranuras y en la punta había insertada un trozo de madera de una palma y media, terminado con un pedernal triangular y serrado. Practicaban el tiro desde la niñez y el trabajo principal de los hombres era la fábrica de arcos y flechas (Baegert 1952:64-65, 82-83).

Testimonio arqueológico

Ha sido escaso el testimonio arqueológico sobre la guerra, pues los entierros son dispersos, entre los cochimí la cremación fue común y por lo tanto el descubrimiento de restos reflejando una muerte traumática son relativamente pocos. El empleo del atlatl, arma de más de 20,000 años de antigüedad, permaneció en Baja California, principalmente como utensilio de guerra, dado que no había mucha caza mayor que se prestaba al uso. Generalmente el atlatl fue reemplazado por arco y flecha y, aunque en Norteamérica este ocurrió tal vez tan tardíamente como 500 d.C., el testimonio arqueológico y etnohistórico indica que permaneció en uso entre grupos aislados de guaycura, pericú, cora y huchití hasta 1642, pero al norte de Ligüí no se confirmó el mismo. La distinción entre lanzas, flechas y dardos con puntos endurecidos por fuego por marineros antes del periodo misional apoya la evidencia arqueológica en el sitio de Cerro Cuevoso en Cabo Pulmo donde se encontraron junto a un entierro masculino cuatro atlatls amarrados en un bulto de fibra de palma. Son de 82 cm de largo y 1.1 a 1.3 cm en diámetro, de madera dura pulida de una sola pieza, con gancho redondo y término de ojal de corteza teñida en rojo atado por envoltura de nervios, el estilo común de tipo masculino para recibir una base cóncava para el fondo del dardo, sin contrapesos (Massey 1961; Mathes 1992). Otras armas encontradas en sitios del sur fueron arcos guaycura de 180-210 cm, con flechas de 137 cm con puntas de piedra o hueso y flechas y lanzas sin puntos utilizadas para la guerra y la caza (Massey 1966; Mathes 1992).

Un estudio de cráneos provenientes de Bahía de los Ángeles, otros sitios cochimí, Cabo Pulmo, La Paz, Piedra Gorda, El Pescadero y Espíritu Santo indicó que en la zona cochimí apareció trauma en cero masculinos y tres femeninos y en la zona pericú en ocho masculinos y cuatro femeninos, o en 28.5% de los masculinos y 38.9% de los femeninos, entre los cuales nueve lesiones eran frontales, dos frontales/parietales y cuatro parietales. No se atribuyen los traumas a actos de guerra sino que se especula que son el resultado de heridos auto administrados durante el duelo al golpear la cabeza (Tyson 1977a). Entre 43 entierros estudiados de la región de Cabo San Lucas, donde el padre Ignacio María Nápoli reportó que sólo los valientes muertos en combate fueron enterrados y los demás cremados, cinco masculinos mostraron fracturas (dos de palo verde), tres con cicatrices curadas frontales y parietales, tres femeninos mostraron cicatrices curadas frontales y parietales y dos masculinos mostraron dislocaciones (Tyson 1977b).

Excavaciones en Piedra Gorda (Bahía de las Palmas) produjeron esqueletos de un hombre de 35 años cuyo cuerpo había sido cuarteado y otro de sexo no determinado de 30 años con trauma al cráneo, y en Cerro Cuevoso (Cabo Pulmo) un hombre de 19 años fue enterrado con cuatro atlats (Carmean y Molto 1990). Entre los entierros de La Matancita (El Pescadero), uno incluía cuatro atlats de 68 a 91 cm y dos cráneos masculinos con fracturas cicatrizadas frontales y sagitales y uno nasal, aunque los restos femeninos no demostraron trauma. Los dos entierros masculinos (33% de los seis) demostraron trauma provocado por ataque (Molto y Fujita 1995).

La escasez de datos sobre las lenguas pericú y guaycura no permite la reconstrucción, pero los idiomas yumano y cochimí respaldan lingüísticamente la migración norte-sur y términos bélicos en cochimí: flecha, arco, matar y guerrero (Mixco 1978:80, 82, 89, 99).

No obstante estos estudios, otros no consideran aspectos arqueológicos conducentes al estudio de la guerra y datos sobre el trauma entre restos esqueléticos u otra evidencia de guerra han sido omitidos en tratados importantes (Carmean 1994; García 1988; Noble 1973; Rosales-López y Fujita 2000; Tyson 1975, 1987).

Los testimonios etnohistóricos y arqueológicos comprueban la guerra continua entre los indígenas bajacalifornianos y los “Grandes Murales” de la región cochimí la demuestran gráficamente. Sitios en las sierras de Guadalupe (El Carrizo, Santa Isabel, La Angostura de San Juan, El Zolotar, Agua Puerca, Los Venados, La Trinidad, San Borjitas), San Francisco (Cueva de las Flechas, La Palma), and San Borja (Campo Monte, San Matías) muestran figuras humanas (monos) atravesadas o sobrepintadas con flechas y/o dardos. Aunque estas imágenes pueden significar nada más un deseo o hechizo y las de proyectiles sobrepintados solamente heridos y las empaladas la muerte, no cabe duda que significan trauma violenta en seres humanos (Crosby 1997:12, 60, 62-64, 90, 113-115, 121, 125, 133, 141, 148, 156-157, 177-178, 202, 205-207, 216). Algunas imágenes modernas también demuestran aspectos de guerra. Notables son los de 1632 de Nicolás de Cardona (Mathes 1970), de 1712 y 1726 de Edward Cooke and George Shelvocke (Andrews 1979) y el “Mapa de la California su Golfo, y Provincias Fronteras en el continente de Nueva España” de 1757 (Venegas 1979). Sobresalen los dibujos de Ignaz Tirsch, misionero en Santiago de 1736 a 1768, que representan a un hombre armado y a un indígena flechando a tres mujeres quienes le robaron de fruta (Tirsch 1972:lám. XXX, 88-89; lám. XXXII, 92-93).

La guerra yumana

Baja California y California entre 30°25'N y 32°45'N, pobladas históricamente por los

grupos de habla yumana: kiliwa, paipai, kamía y diegueño (kumiai) por el vertiente del Pacífico y el interior serrano y por los cucapá, jaliqumai, cohuana, yuma (quechan) y jalchidoma por los márgenes del Río Colorado, son de extremos topográficos climatológicos no usuales y por ello de medios ambientales muy distintos. Dentro de los 130-300 km entre la costa del Pacífico y el Golfo de California-Río Colorado y oeste-este las alturas suben del nivel del mar a un promedio de 1,500 m y bajan a 40 m bajo el nivel del mar. El clima varía con temperaturas costeras raramente menores de 0°C o mayores de 32°C, montañosas desde -10°C hasta 30°C, y desérticas infrecuentemente menores de 0°C y alcanzando 45°C; las lluvias de las primeras regiones son moderadas (450 mm) y en la última, muy escasas (90 mm).

Las raíces lingüísticas comunes aparte, estos grupos yumanos desarrollaron culturas materiales distintas según el medio ambiente. La abundancia de mariscos, caza y plantas comestibles (raíz de mescal; bellota) dio lugar a rancherías sedentarias entre los diegueño y kiliwa costeros, y los de las Sierras Juárez y San Pedro Mártir, así como los paipai, gozaron de sustento adecuado de caza y recolecta para permitirles una vida semi-sedentaria con rancherías estivales e invernales. Aunque rodeado por desierto verdadero, la llanura fluvial del Gila-bajo Colorado proveyó suficiente tierra arable para sostener culturas sedentarias agrícolas desde los cucapá del delta hasta los jalchidoma al norte de la confluencia del Gila.

Etnografía de contacto: 1539-1769

El primer contacto europeo con los cucapá-yumano ocurrió durante la entrada por lanchas al delta del Colorado en 1540. Recibieron a los forasteros con ademanes y gritos, sacando las pertenencias de los jacales, colocándolas debajo de los arbustos y amenazando para que los españoles retirasen. Corriendo por ambos márgenes del río, juntaron más de 250 hombres en formación de guerra, armados con arcos y flechas y unas banderolas. Se acercaron con gritaría, con los arcos flechados y las banderolas enarboladas, y colocaron estacas entre las lanchas y la orilla para impedir el acercamiento. Al hacer los españoles señales de paz, dejaron las banderas y armas, pero después de una arenga por un viejo volvieron a tomar las armas y banderolas y los españoles retiraron. Las armas fueron arcos y flechas de madera y dos o tres estilos de mazas de madera endurecida por fuego. También llevaron unas bolsas largas, un palmo de ancho amarradas al brazo izquierdo que sirvieron de brazales y que contenían una hierba en polvo de que hicieron un brebaje. Los intérpretes avisaron que los grupos de río arriba eran enemigos [Hernando de Alarcón, 1540 (Mathes 1992:98-102, 114)]. Esta enemistad entre los cucapá y otros grupos fue observado 64 años después cuando los cucapá de nueve rancherías negaron guiar a los españoles fuera del territorio propio [Francisco de Escobar, 1604 (Hammond y Rey 1953:1022)].

El primer contacto por la costa del Pacífico ocurrió en Bahía San Quintín donde los indígenas, probablemente kumiai, indicaron por señas que habían muchos indios tierra adentro, aparentemente kiliwa, que dispararon flechas contra ellos, y luego en Cabo Colnett donde los kumiai recibieron a los españoles con arcos y flechas, algunos arrojando mazas y encorvando sus arcos y levantando piedras para tirar. Fueron formados en escuadras y vestidos de guerra, pintados y cubiertos de plumas. Fuertes y algo insolentes y atrevidos, intentaron lanzar a los españoles con los arcos, tiraron piedras y flecharon los arcos. Al ver los arquebuses de los españoles retiraron y, unidos con gente de varias rancherías, en señal de paz enviaron a un indio con un perrito y se acercaron con los hijos, mujeres y arcos y flechas [Sebastián Vizcaíno y Antonio de la Ascensión 1602 (Mathes 1992:157-160, 202)].

La inhospitalidad y el aislamiento de la región yumana limitaron los contactos de exploradores y detuvieron el establecimiento de misiones hasta finales del siglo XVIII. Aunque las exploraciones de Fernando Consag, S.J., alcanzaron el Río Colorado en 1746, contacto con los grupos yumanos fue mínimo y sólo notó las diferencias lingüísticas de los cochimí peninsulares (Venegas 1979(3):178).

Durante la corta permanencia de los franciscanos en Baja California encontraron hostilidad al noreste de San Fernando Velicatá cuando un grupo de indígenas, probablemente paipai, llegó gritando, tratando de impedir el paso y buscando combate y cuando en Santo Tomás un grupo bien armado de kumiai apareció gritando para que no avanzaran. Cerca de Rosarito fueron recibidos por muchos kumiai gritando, bien armados con aljabas en el hombro y arcos y flechas en la mano, corriendo por la colina, haciendo ademanes belicosos. Aparecieron con los arcos flechados y tiraron unas flechas pero estaban fuera del alcance y después, en El Descanso renovaron la gritería [Junípero Serra y Juan Crespi, 1769 (Lazcano 2000:254, 272, 278-283)].

Al ocupar las misiones bajacalifornianas, los dominicos continuaron la expansión desde Velicatá a San Diego, a través de territorio yumano. En el vertiente del golfo de la Sierra San Pedro Mártir, encontraron los kiliwa en dos rancherías ya abandonadas por las mujeres y niños, con los hombres retirados al monte gritando y amenazando. Gestos pacíficos fueron interpretados como miedosos y aumentaron los gritos y ademanes. Solían rodear a los españoles, empleando señales de humo para indicar las acciones [José Velázquez, 1775 (Ives 1984:129, 133)].

Con el éxito de las misiones franciscanas en la costa de Alta California, los franciscanos en Sonora reabrieron la búsqueda de una ruta terrestre hacia la costa y volvieron a iniciar contacto amistoso con los yumanos quechan y cucapá. Al abrir un camino a San Gabriel, en 1780-1781 establecieron dos misiones en la confluencia de los Ríos Gila y Colorado, La Purísima Concepción y San Pedro y San Pablo Bicuñer. Seis meses después guerreros mojave y quechan emboscaron Bicuñer con gritería, lanzas, arcos y flechas, mazas y hachas durante la misa, asesinado a los frailes José Matías Moreno y Juan Marcelo Díaz y algunos neófitos, y al mismo tiempo otros rebeldes asaltaron La Purísima Concepción donde sorprendieron a los españoles en misa, cercando la iglesia con gritos y en combate cerrado mataron al capitán Fernando de Rivera y Moncada a golpes, lográndose escapar los frailes Juan Antonio Barreneche y Francisco Tomás Hermenegildo Garcés. Al día siguiente atacaron el campamento de Rivera y después encontraron a Garcés y Barreneche, dándoles a la muerte con mazas (Arricivita 1996(2):221-224). La expedición punitiva contra los rebeldes reportó un encuentro en el Río Colorado con casi 500 quechan armados con arcos, flechas, lanzas y algunos con mosquetes, la primera mención de adaptación de armas europeas [Pedro Fagés, 1781 (Priestley 1913:21)].

Con el intento de reabrir la ruta trans-Colorado al llegar a la Sierra Cucapá una expedición de reconocimiento encontró un grupo de unos 500 cucapá, algunos armados y otros no, con tres a caballo jineteando como si fueran preparando para una escaramuza, la primera descripción de la adquisición de caballos. Los armados retiraron cuando los españoles demostraron fuerza. Continuando por el Río Hardy, la expedición encontró a los cohuana y dos indios les gritaron, dispararon flechas, arrojando piedras sin efecto, y fue notado que son enemigos de los quechan. Observaron que éstos habían llegado a caballo y atacado una ranchería, matando a los hombres y forzando la huida de los sobrevivientes, persiguiéndoles matando hasta el pie de la sierra, y destruyendo las huertas y demás bienes de la ranchería [José

Velázquez, 1785 (Ives 1984:188-193)].

La continuada hostilidad de los grupos desérticos aisló aún más la región y los misioneros restringieron los avances a la vertiente del Pacífico, los dominicos ocupando la frontera hacia San Diego de Alcalá. Fray Luis Sales describió los cochimí de San Fernando y El Rosario como humildes, pacíficos y dóciles, pero los kiliwa de Santo Domingo eran inquietos, soberbios y desobedientes y los kumiai de su propia misión de San Miguel difíciles, nada dóciles, muy altaneros, valientes y guerreros. Entre ellos el más valiente fue nombrado capitán con autoridad sólo durante las frecuentes guerras que iniciaron contra otras rancherías para robar alimentos o raptar a las mujeres. Si los hombres hirieran a sus mujeres, sus parientes solían vengarse durante hasta cuatro o cinco generaciones y por esto había muchos homicidios entre ellos. Los muertos por violencia fueron cremados y los que murieron valientes fueron trasladados al norte con los fundadores. Creyeron que el gran capitán-creador Menchipa fue herido por los hombres, resucitó de la muerte y creó muchas personas soberbias y malas a quienes exilió del mundo, pero de vez en cuando permitió su regreso para engañar a la gente. La belicosidad de los kiliwa fue notable en los asaltos contra la misión de San Vicente [Luis Sales, 1789 (Sales 2003:78, 80, 84, 90-91, 100, 139)].

Entre San Fernando Velicatá y San Miguel, todas las rancherías tenían un capitán con autoridad absoluta, puesto heredado de padre a hijo o de un pariente cercano. En las guerras, generalmente formaron alianzas contra el enemigo y los conflictos se iniciaron por la recolecta de alimentos dentro del territorio del otro o sobre asuntos de mujeres. Fueron muy diestros con arcos y flechas, hondas y una maza encorvada que utilizaron para la cacería de conejos. Los muertos se incineran en un horno grande que construyeron para este fin y a veces se arrojaban las cenizas. El que murió en batalla no se cremaba y si era enemigo lo desmembraba y dispersaron los restos para las fieras. Aunque fueron buenos guerreros, eran dóciles dentro de las misiones y el arco y flechas se utilizaban para la caza eventual. En el valle de San Rafael, los paipai se acercaron al campamento español a la media noche, gritando y disparando flechas [José Longinos Martínez, 1791 (Longinos 1994:166-167, 171, 190)].

Durante la búsqueda de sitios para nuevas misiones en la sierra y el vertiente del Colorado, los kiliwa informaron a los españoles que fue fácil matar a los soldados y misioneros, pero no habían asaltado la misión de Santa Catarina porque faltaban gente. Al aproximarse a la Sierra Cucapá los cucapá principales montados a caballo adelantaron a la expedición española y amenazaron con lanzadas con palos puntiagudos. Al caer la noche atacaron de emboscada en un desfiladero y aunque rechazados, continuaron su gritería durante la noche [José Joaquín de Arrillaga, 1796 (Lazcano 2000:317-318, 348-351)].

Las guerras de la independencia mexicana (1810-1821), la inestabilidad del gobierno y de la economía nacional y la secularización de las misiones altacalifornianas en 1833, dejó la frontera dominica aislada con respaldo tenue. El vertiente este de las Sierras Juárez y San Pedro Mártir y el bajo Colorado fue alejado de las misiones y el control militar directo de España, y posteriormente México, durante medio siglo y los grupos yumanos continuaron las enemistades y alianzas tradicionales.

Se reportó la sublevación de Santa Catarina apoyada por los cucapá, y en San Vicente Ferrer la escolta fue emboscada por más de 1,000 kumiai de Santa Catarina y sus aliados, armados de arco y flechas, quienes ocuparon casi toda la sierra de San Pedro Mártir [Pedro Elogio Duarte, 1834 (Rojo 1972:57-60)]. Otro levantamiento de los kumiai, quechan y otros grupos del bajo Colorado formado de unos 3,000 guerreros armados de arcos y flechas amenazó San Diego y en los sitios de La Grulla, Nejí, Tijuana y Cueros de Venado; descubrieron espías

que colaboraron con los rebeldes. La escolta mexicana, aliada con los kiliwa, encontró a los sublevados en Tecate y forzó su retirada a Jacume donde la resistencia fue superior y la tropa tuvo que volver a San Vicente. Después, unos 200 sublevados bien armados de arcos y flechas aparecieron en San Ysidro y en San Miguel dos presos quechanes asesinaron al guardia y escaparon al Colorado donde incorporaron a más de 400 guerreros con el intento de asaltar la misión de Guadalupe. El complot fue reportado y la escolta logró impedir el ataque, forzando la huida de los atacantes hacia el desierto [José Luciano Espinosa, Lino López y Juan Machado 1836, 1837 (Rojo 1972:36-41, 63-69)].

La frontera dominica recibió el golpe final en 1840 con el ataque definitivo en Nuestra Señora de Guadalupe, produciendo el abandono de las misiones. El anterior aliado capitán kiliwa, Jatñil, con una fuerza de guerreros, llegó a la misión aparentemente en paz, pero repentinamente atacó a la guardia y puso en peligro la vida de fray Félix Caballero. La destrucción de Guadalupe y la salida del padre Caballero terminaron la presencia dominica y con ello, el gobierno mexicano, entre San Diego y San Ignacio [José Luciano Espinosa, María Gracia, Juan Machado y Jatñil, 1840 (Rojo 1972:41-46)].

Etnografía moderna

A raíz de la retirada dominica del norte de Baja California, la región quedó separada de Alta California por el tratado de Guadalupe-Hidalgo en 1848 y por ello, prácticamente abandonada. Esta situación permitió a los yumanos, por contrabando, robo y pillaje, la adquisición de armas de fuego, caballos y hierro para la fabricación de utensilios y armas blancas, así como la adopción de equipo como rodela y la fortificación de rancherías del bajo Colorado con palizadas. La falta de gobierno permitió la extensión de la guerra tradicional hasta la época moderna y con ello la recopilación de datos de informantes participantes o poseedores de tradición oral no lejanos de los conflictos, aunque a veces es difícil determinar la antigüedad de las prácticas e implementos utilizados en ellos.

Un chamán cucapá informó que la guerra y las alianzas en el bajo Colorado eran de gran antigüedad y que el creador, Mitipa, creó a cuatro hombres y ocho mujeres que eran los mojave, yuma, maricopa y cucapá, diciéndoles que preparen sus arcos y flechas. Los yuma y mojave dispararon flechas sin puntas, unos contra los otros, y los yuma forzaron a los mojave hacia el norte. Luego el creador invocó semejanza contienda entre los yuma y cucapá y los yuma forzaron a los cucapá hacia el sur. Después de la escaramuza entre los yuma y maricopa permanecieron aliados con la promesa de ser grandes guerreros. Los paipai quedaron a un lado de testigos porque el creador no les dio el poder para combatir los demás, pero utilizaron una rodela de cuero de venado pintado de negro y sin pluma, distinta de la de los cucapá, y los chamanes de ambos grupos eran diestros en la curación de heridos de flechas (Gifford y Lowie 1928:342, 346, 350).

Estudios posteriores concluyen que los cucapá eran menos belicosos que otros yumanos y sus guerras fueron defensivas contra los quechan que destruyeron sus cultivos con el fin de forzar el abandono terrenos de cultivo del delta del Colorado. Formaron alianzas con los paipai entre quienes la guerra no ocupó gran importancia cultural. Emplearon arcos y flechas de mezquite, aljabas de cuero de venado, coyote o gato montés y el arma principal fue una maza de palo hierro en forma de amasador de patatas, con los cantos afilados y el mango puntiagudo, decorado y portado por una correa en la muñeca. Además, utilizaron rodela de cuero de venado con manijas, posiblemente copiadas de los españoles, cuchillos de hierro para levantar el cuero

cabelludo, lanzas y dagas de madera y lanzas de 1 m de largo decoradas de plumas. Los guerreros fueron estimados por su fuerza, bravura y duración, y el orden de guerra compuso el principal, adornado por una insignia pendiente de la nariz de una concha grande de almeja o abulón, en el centro rodeado de hombres armados de lanzas, seguidos por otros armados de mazas y después de arcos y flechas, con una retaguardia de jóvenes con mazas para despachar a los heridos. El capitán de guerra fue elegido por su fuerza, presteza, diligencia, destreza y dirección en combate, supervisó la toma de cuero cabelludo y tal vez también sirvió de guardián de los mismos trofeos. Los sueños determinaron la campaña y la fuerza del grupo, y el chamán debía determinar la hora del ataque e informar sobre la fuerza y disposición del enemigo, el peligro del ataque y predecir la victoria. Los muchachos de 10 a 12 años fueron disciplinados para la guerra por pruebas de valor, seguimiento de escuadras de guerra y el despacho de los enemigos heridos. El levantamiento del cuero cabelludo fue efectuado por un hombre que no había matado y que tenía un sueño apropiado, para que obtuviera el poder para matar. Para este efecto, los grandes guerreros fueron elegidos por los capitanes. Siguió un rito cuidadoso, predeterminado y bien establecido por un periodo de 17 días (Kelly 1949; 1977:129-136).

El mito de creación entre los quechan es idéntico al de los cucapá y la guerra era de alta importancia para el grupo. Fue visto como una expresión de fuerza espiritual y de valor místico, y el poder espiritual de un grupo fue aumentado por medio del combate bien ejecutado. Las armas de los quechan incluyeron arcos largos mal elaborados, dardos largos, flechas que generalmente no excedieron cinco en número no cargadas en aljaba, lanzas de unos 3.5 m de largo utilizadas con mayor frecuencia para la caza, mazas de palo verde o mezquite de 60 cm, gruesas por un término y con una correa por el otro más delgado, y mazas menos de 30 cm de largo con una cabeza afilada y el mango puntiagudo parecido a una daga (Jones 2004:77; Taylor 2001:18).

Entre los quechan había un capitán civil y de guerra (*kwoxot*) y dos partidos de guerra, *axwé hayádig* para las batallas mayores y *axwé omán* para iniciar el combate o tomar cautivos. Dos guerreros principales, *hayádig*, cada uno con un bastón, uno adornado con plumas blancas y el otro con plumas negras. Un guerrero llevaba una rodela, encabezaba el grupo y abrió el paso y considerado el más valiente, exhortó la pelea sin armas y prefiriendo la muerte a la entrega de su bastón y rodela, y el otro llevaba una maza de mezquite para defenderle. Todos los demás guerreros fueron armados de mazas y lanzas, seguidos por un grupo más numeroso disparando flechas sobre sus cabezas hacia el enemigo. Los mismos partidos siempre peleaban juntos con las mismas armas y en las mismas posiciones relativas. Un capitán (*omán*) formó un grupo y se acercó a la ranchería enemiga, gritando para inculcar el terror e inducir la huida. Las mujeres y los hombres descuidados fueron matados y los niños tomados presos para servir de esclavos.

La teoría que los quechan no eran belicosos antes de la matanza de 1781 no concuerda con la documentación histórica que demuestra la existencia de conflictos continuos entre los grupos del bajo Colorado desde el siglo XVI hasta finales del XIX. Aunque los motivos de venganza y adquisición de alimentos, mano de obra y terrenos permanecieron, después del abandono de la región sí se agregó el del cambio de esclavos para caballos, tabaco, cuentas, telas y metales, con los quechan formando alianzas con los mojave y kamía contra los cucapá y paipai y tal vez contra los kiliwa. Los jaliqumai y couana se encontraban generalmente en guerra contra ambas alianzas, aunque los jaliqumai solían aliarse con los quechan para apoderarse de las tierras de los cohua en el delta. Para mediados del siglo los jaliqumai y cohua fueron prácticamente aniquilados y los paipai ocuparon algunos terrenos cucapá (Forbes 1965:23, 74-81, 254).

La guerra y las alianzas eventuales del bajo Colorado y la Sierra Juárez fueron generalmente debidos a la necesidad del sustento y al medio ambiente, sujetos a las fluctuaciones de lluvias y destrucción por insectos que afectaron la recolecta de plantas comestibles en la sierra (piñón, bellota, junípero, dátil, mezquite, tornillo) y crecientes irregulares del Río Colorado dependientes de las nevadas lejanas que produjeron inundaciones o sequías en los terrenos arables por lo largo de su cauce. Además, por estar limitados los terrenos agrícolas, el sustento requería la pesca, caza y recolecta por los cucapá dentro de un territorio más amplio. Por ello, dado que los recursos alimenticios no fueron estables, la guerra fue una solución para su adquisición y las alianzas eran simbióticas entre cazadores-recolectores paipai y agricultores cucapá, con cada grupo permitiendo el acceso a sus recursos según la situación climatológica. A veces los quechan formaron alianzas con los kamía y mojave para ganar acceso a la sierra, pero los cucapá, cohuana, paipai, y tal vez los kiliwa, presentaron resistencia que condujo a la guerra (Raab y Larson 1997; Stone 1981; White 1974).

Hacia el poniente en la Sierra Juárez, los kumiai en bandos de menos de 100 miembros mantuvieron la organización guerrera y fueron enemigos tradicionales de los quechan de Xuksil (Bicuñer). Emplearon las armas típicas de los yumanos, arco y flecha, sable de madera dura, maza, honda y tizón y los niños jugaron a la guerra tirando calabazas y aprendieron la elaboración de arcos, flechas, lanzas, hondas y mazas. Participaron en competencias de capacitación guerrera y a los nueve o 10 años de edad comenzaron su preparación para la caza y guerra. Habían rituales y ceremonias para la iniciación a la clase guerrera al recibir un bastón ceremonial adornado de plumas de buho. La noche antes de entrar en batalla los guerreros bailaban y pintaron las caras. Se formaron en tres grupos, los arqueros con flechas de fuego y hondas en el primero, los armados con palos puntiagudos, lanzas cortas, mazas allanadas, palos de tirar encorvados y sables de madera serrada en el segundo y los estranguladores con mazas de mezquite para despachar a los heridos, tarea a veces de las mujeres, en el tercero (Zárate 1987, 1993).

Conclusiones

Hay abundantes testimonios que demuestran que desde la antigüedad más remota todos los habitantes indígenas de Baja California, no obstante su edad, sexo o condición cultural vivieron bajo la amenaza perpetua de ataque, guerra y muerte violenta espontánea. Es decir, dentro de situaciones comunes en las regiones áspers del mundo donde existía una competencia activa para la adquisición de los escasos recursos alimenticios disponibles.

Los pericú, guaycura y cochimí conformaron perfectamente dentro de la definición general de la guerra dentro de las sociedades cazadora-recolectora-forrajeras organizadas en bandas pequeñas de hasta 20 personas, y para asuntos ceremoniales de 100 a 200, individuos. (Keeley 1996). Estos tres grupos lingüísticos fueron materialmente iguales y la guerra se hizo principalmente para obtener acceso a, y posesión temporal de, alimentos y agua dulce, aunque también eran factores la venganza por una derrota anterior, la violación y el rapto de mujeres probablemente para establecer exogamia. Se practicaba poca seguridad, vigilancia o inteligencia sobre la presencia del enemigo y frecuentemente había combate espontáneo en los límites percibidos de territorios de caza-forraje.

El empleo de sorpresa, escondite, emboscada, ataque de rancherías al amanecer, gritos de amenazas, insultos y silbatos en el momento de ataque para evocar el miedo generalmente produjo una huida y/o retirada para evitar heridos o muertos, una opción debido a la baja

densidad de población, inmensidad del territorio y pocas posesiones de los atacados. Los guerreros eran voluntarios, no organizados como un grupo asignado y sin experiencia y preparación, aunque fueron encabezados informalmente por un capitán con mayor experiencia que los demás. Las armas eran de diseño para proyectiles disparados desde una distancia en campo raso, sin plan o estrategia; no existía logística y por ello las batallas eran cortas, sin cerrar y generalmente fueron emboscadas con bajas relativamente pocas en número, pero a veces altas en porcentaje del grupo. Cuando había sobrevivientes o refugiados que no podían escapar, fueron integrados al grupo victorioso, sin la toma de cautivos, esclavos o botín, ya que no había necesidad de otras personas que requerían sustento ni bienes para saquear. La evidencia de la toma de trofeos está limitada a la única de los españoles mencionados por Cardona y no había del canibalismo. La paz existió debido al aislamiento y sustento adecuado, y la cultura y el lenguaje común no impidió los conflictos.

En contraste con los grupos peninsulares, el testimonio etnohistórico y la tradición oral demuestra que los grupos yumanos no solamente fueron involucrados en la guerra fratricida y externa, sino que fue incorporada dentro de sus patrones culturales. Los quechan, cucapá, paipai, kumiai, kiliwa y los grupos vecinos claramente cayeron dentro de las normas de causas de la guerra comunes entre las sociedades semi-sedentarias cazadores-recolectores, la venganza, expansión territorial y adquisición de esclavos. La guerra fue premeditada, con los principales ocupando un estado especial, y llevado a cabo por un grupo de guerreros instruidos, reconocidos como una clase particular, cuyos deberes dentro del combate fueron claramente señalados. Se elaboraron armas especializadas, útiles para el combate cerrado y diseñadas para producir golpes mortales, mazas, lanzas, hachas y espadas, y se cobraron trofeos de guerra. La matanza del enemigo fue predeterminada y los cautivos fueron esclavizados como inferiores y no incorporados dentro del grupo victorioso (Keeley 1996). Aunque existían grandes diferencias en la adquisición de alimentos entre los yumanos serranos y los del bajo Colorado, formaron alianzas simbióticas proporcionando acceso a los recursos alimenticios por el otro en tiempos de necesidad.

Entre los grupos peninsulares la guerra contra los exploradores, soldados y misioneros españoles no variaba de la contra otros grupos indígenas e inicialmente fue debido al miedo de la pérdida de sustento. La desigualdad de fuerzas entre los militares profesionales equipados con caballos, armas de fuego, armas blancas y artillería ligera y las indígenas, al parecer haría la guerra totalmente inútil, y tal fue el caso en los asaltos contra los asentamientos españoles donde las trincheras y estacadas y el acceso a provisiones, equipo y personal permitía el sostenimiento de batallas extendidas empleando artillería y fuego a salva de armas individuales. Sin embargo, el combate a campo raso generalmente produjo una retirada de los españoles debido al fácil susto, herimiento o matanza de los caballos y el tiempo necesario para recargar las armas de fuego que ocasionó el empleo de bayonetas y espadas, armas de choque que requería el cierre del combate. Generalmente, el número de soldados españoles era menor y su presencia fue difícil de ocultar. Aunque los españoles disfrutaron logística para sostener la batalla y conseguir la retirada, los grupos indígenas se encontraban en condiciones para emplear el espionaje, la sorpresa, el sigilo y el fingimiento de la amistad bajando las armas, atrayendo así a la fuerza española para infiltrar o redondearla. También los atacantes gozaban de conocimientos de la topografía, la movilidad y arcos y flechas tácticamente el equivalente de bayonetas y espadas, y aunque la falta de logística requería un ataque instantáneo, rápido e insostenible, por la gritería y las maniobras tenían la habilidad de aparecer más numerosos y los españoles quedaron desaventajados.

Después de la sublevación pericú,, las hostilidades contra los españoles disminuyeron notablemente debido al reconocimiento de la intención de permanencia de los europeos y el ingreso de prácticamente toda la población indígena al sistema misional donde disfrutaba seguridad y alimentación adecuada y el establecimiento de normas europea-cristianas que permitieron el establecimiento de la *pax jesuítica* dando fin a las causas de la guerra fratricida y, últimamente, contra los españoles.

La guerra yumana contra los misioneros y colonos españoles y mexicanos fue continua e imposibilitó el establecimiento de una *pax hispánica* dentro de la región y produjo un aislamiento prolongado del gobierno y de la cultura predominante. Aunque consiguieron una forma de independencia, los grupos yumanos no lograron crear una sociedad pacífica y productiva, libre de conflictos continuos que condujeron a la aniquilación de algunos de ellos.

Desafortunadamente el “Edén” de Baja California deseado por los misioneros y soñado por los viajeros modernos, no existió. Al contrario, desde su poblamiento y durante la mayoría de su historia fue una de las regiones más propensas a la beligerancia del hemisferio, donde la guerra fue una amenaza o un hecho diario.

Bibliografía

Andrews, Thomas F.

1979 *English privateers at Cabo San Lucas*, Dawson’s Book Shop, Los Angeles.

Arricivita, Juan Domingo

1996 *Apostolic chronicle of Juan Domingo Arricivita: the Franciscan mission frontier in the eighteenth century in Arizona, Texas, and the Californias*, 2 vols., George P. Hammond, Agapito Rey, Vivian C. Fisher y W. Michael Mathes, eds., Academy of American Franciscan History, Berkeley.

Baegert, Johann Jakob

1952 *Observations in Lower California*, M. M. Brandenburg y Carl L. Baumann, eds., University of California Press, Berkeley.

Barco, Miguel del

1973 *Historia natural y crónica de la antigua California*, Miguel León-Portilla, ed. Universidad Nacional Autónoma de México.

Bravo, Jaime, Juan de Ugarte y Clemente Guillén

1989 *Testimonios sudcalifornianos nueva entrada y establecimiento en el puerto de La Paz, 1720*, Miguel León-Portilla, ed., Gobierno del Estado de Baja California Sur, La Paz.

Burrus, Ernest J.

1954 *Kino reports to headquarters*, Institutum Historicum Societatis Jesu, Roma.

1984 *Jesuit relations: Baja California, 1716-1762*, Dawson’s Book Shop, Los Angeles.

Carmean, Kelli

1994 “Archaeological investigations in the cape region’s Cañón de San Dionisio”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 30(1):23-51.

Carmean, Kelli, y J. Eldon Molto

1990 “The Las Palmas burial tradition of the cape region, Baja California Sur: some new research questions”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 27(4):23-38.

Crosby, Harry W.

1997 *The cave paintings of Baja California*, Sunbelt Publications, San Diego.

- Forbes, Jack D.
1965 *Warriors of the Colorado*, University of Oklahoma Press, Norman.
- García Uranga, Baudelina
1988 “La antropología física y la arqueología en Baja California”, en *La antropología en el norte de México*, Carlos García Mora, ed., pp. 15-52, La antropología en México: panorama histórico, vol. 12, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Gifford, E. W. y R. H. Lowie
1928 “Notes on the Akwa’ala Indians of Lower California”, *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology* 23:338-352.
- Hammond, George P. y Agapito Rey (eds.)
1953 *Don Juan de Oñate, colonizer of New Mexico, 1595-1628*, 2 vols., University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Ives, Ronald L.
1984 *José Velázquez: saga of a borderland soldier*, Southwestern Mission Research Center, Tucson, Arizona.
- Keeley, Lawrence H.
1996 *War before civilization*, Oxford University Press, New York.
- Kelly, William H.
1949 “The place of scalps in Cocopa warfare”, *El Palacio* 56:85-91.
1977 *Cocopa ethnography*, Anthropological Papers of the University of Arizona 29, Tucson.
- Jones, David E.
2004 *Native North American armor, shields, and fortifications*, University of Texas Press, Austin.
- Lazcano Sahagún, Carlos
2000 *La primera entrada descubrimiento del interior de la antigua California*, Fundación Barca, Ensenada
- Longinos Martínez, José
1994 *Diario de las Expediciones a las Californias de José Longinos*, Salvador Bernabéu, ed., Doce Calles, Aranjuez, España.
- Massey, William C.
1961 “The survival of the dart-thrower on the peninsula of Baja California”, *Southwestern Journal of Anthropology* 17:81-93.
1966 “Archaeology and ethnohistory of Lower California”, en *Archaeological frontiers and external connections*, Gordon F. Ekholm y Gordon R. Willey, eds., pp. 38-58, Handbook of Middle American Indians, vol. 4. University of Texas Press, Austin.
- Mathes, W. Michael
1965 *Californiana I: documentos para la historia de la demarcación comercial de California, 1593-1632*, 2 vols, José Porrúa Turanzas, Madrid.
1970 *Californiana II: documentos para la historia de la explotación comercial de California 1611-1679*, 2 vols., José Porrúa Turanzas, Madrid.
1974 *Californiana III: documentos para la historia de la transformación colonizadora de California 1679-1686*, 3 vols., José Porrúa Turanzas, Madrid.
1992 *Ethnology of the Baja California Indians*, Garland Publishing, New York.
- Mixco, Mauricio J.
1978 *Cochimí and Proto-Yuman: lexical and syntactic evidence for a new language family*

- in Lower California*, University of Utah Anthropological Papers 101, Salt Lake City.
- Molto, J. Eldon y Harumi Fujita
 1995 “La Matancita: a Las Palmas mortuary site from the west cape region of Baja California Sur, Mexico”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 31(1&2):20-55.
- Nápoli, Ignacio María
 1970 *The Cora Indians of Baja California: the relación of Father Ignacio Maria Napoli, S. J.*, James Robert Moriarty III and Benjamin F. Smith, eds., Dawson’s Book Shop, Los Angeles.
- Noble, Rose A.
 1973 “Human crania collected by Edward Palmer in 1887 from Bahía de los Ángeles, Baja California”, *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 9(1):31-47.
- Piccolo, Francisco María
 1962 *Informe del estado de la nueva Cristiandad de California 1702 y otros documentos*, Ernest J. Burrus, ed., José Porrúa Turanzas, Madrid.
- Priestley, Hebert Ingram
 1913 *The Colorado River campaign, 1781-1782: diary of Pedro Fages*, University of California Press, Berkeley.
- Raab, L. Mark y Daniel O. Larson
 1997 “Medieval Climatic Anomaly and punctuated cultural evolution in coastal southern California”, *American Antiquity* 62(2):319-336.
- Río, Ignacio del
 2000 *Crónicas jesuíticas de la antigua California*, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rojo, Manuel C.
 1972 *Historical notes on Lower California with some relative to Upper California furnished to the Bancroft Library by Manuel C. Rojo, 1879*, Philip O. Gericke, ed., Dawson’s Book Shop, Los Angeles.
- Rosales-López, Alfonso y Harumi Fujita
 2000 *La antigua California prehispánica: la vida costera en El Conchalito*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.
- Sales, Luis
 2003 *Noticias de la provincia de Californias*, Salvador Bernabéu Albert, ed., Fundación Barca, Ensenada.
- Salvatierra, Juan María de
 1997a *Loreto capital de las Californias: las cartas fundacionales de Juan María de Salvatierra*, Miguel León-Portilla, ed. FONATUR, México.
 1997b *La fundación de la California jesuítica: siete cartas de Juan María de Salvatierra, S. J. (1697-1699)*, Ignacio del Río, ed., Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.
- Stone, Connie L.
 1981 “Economy and warfare among the lower Colorado River”, en *The Protohistoric Period in the North American Southwest, AD 1450-1700*, David R. Wilcox y W. Bruce Masse, eds., pp. 183-197, Arizona State University Anthropological Research Papers 24, Tempe.

Taraval, Sigismundo

1996 *La rebelión de los Californios*, Eligio Moisés Coronado, ed., Doce Calles, Aranjuez, España.

Taylor, Colin F.

2001 *Native American weapons*, University of Oklahoma Press, Norman.

Tirsch, Ignacio

1972 *The drawings of Ignacio Tirsch, a Jesuit missionary in Baja California*, Doyce B. Nunis, Jr., ed., Dawson's Book Shop, Los Angeles.

Tyson, Rose A.

1975 "A report on the skeletal material from the central desert area of Baja California, Mexico", *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas* 1:103-115.

1977a "Historical accounts as aids to physical anthropology: examples of head injury in Baja California", *Pacific Coast Archaeological Society Quarterly* 13(1):52-58.

1977b "Human skeletal material from the Cape Region of Baja California, Mexico: the American collections", *Journal de la Société des Américanistes* 64:167-181.

1987 "La población indígena de Baja California: características físicas", *Estudios Fronterizos* 14:75-86.

Venegas, Miguel

1979 *Obras californianas*, 5 vols., W. Michael Mathes, Vivian C. Fisher, y E. Moisés Coronado, eds., Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.

White, Chris

1974 "Lower Colorado River area aboriginal warfare and alliance dynamics", en *'Antap: California Indian political and economic organization*, Lowell John Bean and Thomas F. King, eds., pp. 111-135, Ballena Press, Ramona, California.

Zárate Loperena, David Andrés

1987 "La guerra kumiai en las postrimerías del siglo XVIII, y la fundación de San Miguel Arcángel", *Estudios Fronterizos* 14:87-97.

1993 "Ññait Jatñil, soy Caballo Negro", *Estudios Fronterizos* 31&32:81-100.